

# 1, La participación en celebraciones eucarísticas

¿Cómo pasar de «oír misa» a «participar en la Cena del Señor»?

Marco Álvarez de Toledo, Misionero del Espíritu Santo. Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe (Madrid). Sal Terrae, Tomo 92/2, nº 1.075

Febrero de 2004

Sal Terrae.- *El primer Domingo de Adviento (30 de Noviembre de 2003), como todos los años, celebramos en las eucaristías de la Parroquia el inicio de un nuevo ciclo litúrgico y, con ello, la presentación y el envío de los diferentes ministerios que hacen posible nuestra celebración dominical. Primero llamaron y presentaron al equipo de liturgia: un grupo de nueve personas que se reúnen semanalmente para meditar las lecturas y preparar las diferentes partes de la celebración. Luego fue el turno de los Ministros extraordinarios de la Eucaristía: catorce personas que, tras la debida preparación, se encargan de la acogida al inicio de la celebración y de la distribución de la comunión. A continuación, el coro: el batería, el del bajo y el de la guitarra, sopranos, contraltos y tenores...: trece en total. Después les tocó a los responsables de la guardería, esos que durante la misa juegan con los más pequeños de la comunidad en un salón de la Parroquia. Por último me presentaron a mí, el hermano sacerdote, encargado de animar y coordinar la celebración.*

*Allí estábamos todos –más de treinta personas– en el presbiterio, en torno al altar, renovando nuestro compromiso de servir a la comunidad y escuchando cómo la asamblea litúrgica conocía y reconocía nuestro ministerio, mientras oraba por nosotros...*

## 1. Cuando le pedimos peras al olmo

Debido al raquitismo y las deformaciones en la manera de celebrar muchas eucaristías, por desgracia a menudo ni siquiera tiene cabida preguntarse por la participación en ellas. A ritmo de inercias, ritualismos, normativas e inmovilismos, hemos caído en una serie de «abusos» (intuyo que algo distintos de los aludidos por el Papa en su última Encíclica<sup>1</sup>) que hacen muy difícil cualquier intento de participación y renovación.

En efecto, mientras la misa siga girando en torno a una sola persona (el sacerdote), que, a modo de «hombre orquesta», hace, dice y dirige todas las partes de la celebración, no tiene sentido hablar de participación.

También, mientras los laicos no salgan de su estado de *minoría de edad* y sigan acudiendo a la Iglesia como meros receptores individuales, pasivos y

anónimos de las *acciones sagradas* que realizan los *especialistas del culto*, hablar de participación nos conduce a un callejón sin salida.

De igual modo, mientras las Parroquias sigan siendo más *estaciones de servicios religiosos* que *comunidad de comunidades evangelizadas y evangelizadoras*, difícilmente podrá la eucaristía dominical reflejar una realidad comunitaria y participativa que no se da los otros seis días de la semana. Debemos reconocer –con dolor y con vergüenza– que, como ya decía J.A. Estrada hace más de diez años, «no hay muchos laicos adultos, y hay pocas comunidades eclesiales con las que se pueda contar desde la perspectiva de una mayoría de edad; por tanto, la teología del laicado responsable y activo es una utopía que no refleja la realidad»<sup>2</sup>.

Y es que «todavía hoy, la Misa dominical de muchas parroquias explicita claramente la dinámica estructural que sigue en vigor: los laicos *asisten* a la Misa que el sacerdote *celebra*. Todo gira en torno al altar, que continúa siendo del dominio del sacerdote y de aquellos a quien él quiera invitar. Pero él sigue siendo el actor principal. Aun reconociendo las iniciativas adoptadas en orden a una mayor participación de los fieles, ¿no es el sacerdote el *único* que verdaderamente actúa?»<sup>3</sup>.

Por otra parte, cuando hablamos de participación, supongo que todos estamos entendiendo algo más que ayudar a pasar la cesta de la colecta o «atreverse» a leer la monición de entrada o la primera lectura en misa. No caigamos en llamar «participación» a cualquier cosa.

Es decir, que para poder hablar de verdadera participación de la asamblea litúrgica en la celebración de la Eucaristía se tienen que dar unos requisitos previos indispensables y unos cambios estructurales que afectan a todos los que acuden a la eucaristía dominical, empezando, por supuesto, por el sacerdote.

Al hablar de unas celebraciones eucarísticas más participadas, como dice R. Parent, «ni el clero ni el laicado pueden materializar su deseo sin topar con una estructura de relaciones de la que todos somos herederos y que muchas veces se resiste a desaparecer (...). No nos engañemos: es a una verdadera conversión eclesial y eclesiológica a la que todos estamos llamados»<sup>4</sup>.

## **2. Cuando los puntos no se ponen sobre las íes, sino en otro sitio**

*El año pasado, en la solemnidad de Cristo Rey, hicimos en la misa de doce un signo de alabanza al Señor que pretendía recapitular todo el ciclo litúrgico que ese día terminaba: en la homilía, algunas personas de la comunidad parroquial compartieron cómo la liturgia les había ayudado a vivir el señorío de Jesús. En la doxología («Por Cristo, con Él y en Él...») subieron diez personas para ofrecer conmigo al Padre las patenas y cálices con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, a la vez que se hacía un signo con el Cirio Pascual: en torno al altar,*

*con las ofrendas y el Cirio en alto, unidos a toda la asamblea litúrgica, hicimos una oración ampliada de la doxología, mientras entonábamos el «Laudate omnes gentes» de Taizé.*

*Al terminar la celebración, una persona de mediana edad se acercó a la sacristía y, con indignación en los ojos, me recriminó que la doxología era una oración propia y exclusiva del sacerdote y que yo, al permitir que la dijeran también los laicos, estaba incumpliendo una importante norma litúrgica...*

*No sabría decir qué sentimiento predominó en mí, si el desconcierto o la tristeza...*

Poner los puntos sobre las íes significa dejar las cosas claras o poner cada cosa en su lugar. Aplicado al tema que nos ocupa, uno de los problemas con los que nos topamos en la actualidad es que dentro de la Iglesia no siempre nos ponemos de acuerdo sobre qué puntos hay que poner y en qué letras hay que hacerlo.

En otras palabras, ¿cómo y desde dónde se debe medir la autenticidad de una celebración eucarística? ¿Cómo saber si –como decimos en la misa– nuestro sacrificio es realmente «agradable a Dios Padre Todopoderoso»? ¿Qué criterios seguir para definir la participación de todos en la misa? ¿Qué principios deben regir nuestras eucaristías para que Pablo no pueda decirnos como a los cristianos de Corinto: «vuestras reuniones causan más daño que provecho» (1 Cor 11,17)?...

Somos muchos los convencidos de que la fijación por las rúbricas y el escrupuloso cumplimiento de las normas litúrgicas<sup>5</sup> difícilmente permitirán encontrar nuevos cauces de participación comunitaria en la celebración eucarística y seguirán haciendo de nuestras misas unos ritos encorsetados, monótonos y repetitivos, de los que es imposible salirse (sin cometer una grave infracción). Por eso creo que son otros los parámetros (otros los puntos y otras las letras) en los que hay que detenerse para responder a las preguntas formuladas.

### **«Haced esto mismo en memoria mía» (1 Cor 12,24-25)**

El mandato de Jesús es claro: de lo que se trata en la Eucaristía es de hacer lo mismo que Él hizo. Se trata, pues, de repetir no un rito, sino un proyecto y un estilo de vida. Todas las fórmulas, oraciones y signos de la Eucaristía están al servicio de esa verdad última de nuestra fe que es vivir como Jesús vivió.

### **«El mayor entre vosotros será vuestro servidor» (Mt 23,8-11)**

Sin poner en duda las diferentes funciones y ministerios que entran en juego en la celebración de la Eucaristía, es necesario corregir esa deformación

histórica y eclesial por la que el ministerio sacerdotal ha pasado de ser *misión servicial* a ser *dignidad personal*. Frente al dualismo clérigos/laicos hay que recuperar el binomio comunidad/pluralidad de ministerios, y renunciar definitivamente al monopolio clerical en relación con la Eucaristía, que oscurece y llega incluso a anular el sentido comunitario de la liturgia cristiana. Además, todos los elementos, prácticas y costumbres que sacralicen al sacerdote y lo separen de su intrínseca referencia a la comunidad cristiana deben ser superados. Por fidelidad al Evangelio, el sacerdote y su función propia nunca deben ser definidos en términos de dignidad, honor o privilegio, sino siempre como servicio y entrega, y éstos en relación a la comunidad de los creyentes.

**«En un sólo Espíritu hemos sido bautizados todos para formar un solo cuerpo» (1 Cor 12,13).**

Además de lo dicho anteriormente, todo el mensaje y las acciones de la Iglesia deben confirmar y explicitar la radical igualdad existente entre todos los creyentes. Defender esta igualdad fundamental es una de las grandes preocupaciones de los evangelios: Marcos critica el afán de poder y de protagonismo de los Doce; Mateo y Lucas critican duramente toda pretensión de grandeza de la comunidad; y, en palabras de R. Brown, en el evangelio de Juan «todos los cristianos son discípulos, y la grandeza entre ellos se determina por su relación de amor a Jesús, no por su rango o cargo»<sup>6</sup>.

Por eso, frente a una manera de celebrar la Eucaristía que se empeña en destacar el *status* diferente, exclusivo y excluyente del que preside, es necesario recuperar un talante y una forma de celebrar que explicita el lema eclesiológico «Igualdad en lo fundamental, diferenciación en lo funcional». Sólo así le será permitido al conjunto de la comunidad cristiana superar la *expropiación ministerial* de que ha sido objeto.

*«Los que dan culto auténtico darán culto al Padre en Espíritu y en Verdad»*  
(Jn 4,23)

Ante la tentación de caer en un rigorismo litúrgico y una fijación por las normas que traicionan el sentido último de la liturgia, es necesario recuperar el espíritu de los profetas del AT y hacer nuestras sus reservas y sospechas (cuando no su abierto rechazo) frente a una comprensión formalista del culto. Para los profetas no sólo es incomprensible e inaceptable un culto que se desentienda del amor, la justicia y el derecho, sino que éste es definido como una burla y una ofensa al mismo Dios:

*«Detesto y rehúso vuestras fiestas, no me aplacan vuestras reuniones litúrgicas; por muchos holocaustos y ofrendas que me traigáis, no lo aceptaré, ni miraré vuestras víctimas cebadas. Retirad de mi presencia el barullo de vuestros cantos, no quiero oír el ruido de vuestras cítaras»* (Am 5,18-24)<sup>7</sup>.

La postura que Jesús adopta con respecto al culto se sitúa en la misma

línea del pensamiento profético, pero radicalizado. En labios de Jesús, la defensa de los derechos del débil y la vivencia del amor misericordioso se asocia a la crítica severa de la praxis cultural existente en su tiempo; una praxis que conllevaba una escrupulosa fidelidad a la observancia de la Ley, los ritos y las normas, en contraste con el descuido de los desamparados (es claro cómo en la parábola del buen samaritano los sacerdotes y levitas salen mal parados). Para Jesús, es imposible amar a Dios y rendirle culto si nos desentendemos de nuestros hermanos más necesitados (Mt 23,23-24; 25,3-46) o si hemos roto las relaciones que nos unen a los demás (Mt 5,23-24)<sup>8</sup>. Por eso, y a modo de síntesis, Mateo pone dos veces en boca de Jesús la afirmación anti-cultural del profeta Oseas: «misericordia quiero, y no sacrificios» (Mt 9,12; 12,7; Os 6,6).

En esta línea de pensamiento tienen que plantearse los puntos de referencia y los parámetros a la hora de revisar el sentido, el alcance y las posibilidades de nuestras celebraciones eucarísticas; y desde ahí debemos responder a la pregunta por la participación de toda la asamblea litúrgica en ellas.

### **3. Cuando participar se convierte en participio**

Según el Diccionario de la Real Academia Española, *participar* significa «tomar una parte en una cosa». En nuestras celebraciones eucarísticas necesitamos seguir aprendiendo todos –sacerdotes y laicos– a conjugar el verbo *participar*. Del mismo modo que en gramática los participios dan forma a los verbos, permitiéndoles hacer las veces de adjetivo (comer-comido, confiar-confiado, participar-participado...), así también nuestras eucaristías deben «dar forma» al verbo *participar*. Para ello debemos emprender caminos y acciones que ayuden a hacer del verbo participar un *participio* que recorra todas las partes de nuestras celebraciones. De esta manera cumpliremos el mandato de Jesús de «hacer lo mismo que Él hizo» y conseguiremos que toda la asamblea litúrgica «tome parte» en la Eucaristía.

#### **3.1. Tomar parte en lo que se hace**

«La santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la liturgia misma, y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano»<sup>9</sup>.

#### **PROTAGONISMO PARTICIPADO**

*Cada vez me topo con más personas «rebotadas» con sus Parroquias. Se quejan de que en ellas las celebraciones huelen a rancio, destilan pesadez y aburren al más piadoso. También se quejan de unas homilías largas y que dicen más bien poco, y de unos curas que poco o nada dejan hacer... Desde ahí se puede entender el estado de cansancio y desencanto en que están sumidos muchos feligreses «de toda la vida».*

En efecto, son muchos los indicadores que, a base de hartazgos, indiferencias y no poca indignación, piden a gritos una revisión a fondo de la calidad de nuestras celebraciones. Para ello, un punto ineludible es que los laicos recuperen un protagonismo que el clericalismo de la Iglesia les ha ido robando a lo largo de los siglos. Porque reconocer que todos participamos en la Eucaristía, aunque cada uno desde su función propia y específica, equivale, en la práctica de muchas de nuestras celebraciones, a reducir a los laicos a una función meramente pasiva y receptiva: llegan, se hincan, callan, escuchan, miran, asienten, abren la boca, sacan la lengua, comen... y a casa.

¿Por qué acaba siendo tan difícil recuperar y fortalecer la identidad comunitaria de nuestras Eucaristías? Son tantas sus posibilidades, tanta su riqueza simbólica, tan pedagógica la secuencia de sus partes, tan hondo y auténtico su significado... que desconcierta observar cómo los laicos sienten la celebración de la Eucaristía como algo que depende del sacerdote y en lo que, en último término, no tienen arte ni parte.

Como dice Casiano Floristán, «el fracaso de muchas celebraciones es fracaso de la comunidad. Sin exigencia comunitaria no es posible sustentar una buena liturgia a largo plazo, ni tan siquiera con un buen celebrante. O se forma una comunidad o la liturgia es pura rutina de cumplimiento. Sólo existe celebración cuando el sujeto de sustentación es grupal o comunitario»<sup>10</sup>.

#### **ACCIÓN PARTICIPADA**

*Recuerdo que cuando, con diecisiete años, asistí por primera vez a una Eucaristía en la Parroquia de Guadalupe, de la que hoy soy párroco, lo primero que me impresionó fue ver la cantidad de gente que subía y bajaba del presbiterio a lo largo de la celebración. Sin necesidad de explicación alguna, saltaba a la vista que muchas personas habían participado en la preparación de lo que se estaba celebrando y colaboraban en su desarrollo: un numeroso coro al fondo de la Iglesia; seis personas que entran con el sacerdote en procesión y le acompañan en la sede toda la misa; varios lectores y monitores; testimonios durante la homilía; aclamaciones de la asamblea escritas en papelitos previamente repartidos; unos jóvenes que hacen un signo, una vez acabado el credo; más de diez personas que salen de sus bancos para llevar las ofrendas hasta el altar; otros tantos que, durante el rito de la paz, suben al presbiterio para ayudar a dar la comunión bajo las dos especies...*

Sin duda que en una celebración eucarística hay muchas cosas que hacer, antes, durante y después de la misma. El reto es que toda la comunidad tome parte en ellas, es decir, que tenga la oportunidad de participar (no sólo ver y escuchar) en la acción litúrgica de la que se sabe destinataria y a la vez responsable.

Las posibilidades de participación son muchas. No se trata sólo de que el sacerdote deje de hacerlo todo, sino de explotar muchos momentos y maneras

de participación. Ya hemos hablado de la importancia de generar procesos pastorales de adultos con talante comunitario. Desde ahí, también es importante formar equipos de liturgia<sup>11</sup>. Porque la Eucaristía preparada entre varios se llena de sensibilidades, experiencias e ideas que se entrecruzan y complementan. Cada celebración tendrá su estilo propio, pero el reto está en intentar juntos que la Palabra y el Pan compartido sean verdadero alimento de vida para la comunidad: pensar signos, elaborar moniciones, adaptar oraciones, definir las ideas principales de la homilía, incorporar gestos, resaltar aspectos concretos de la celebración, etc. En nuestro caso, la experiencia de muchos años confirma que son los equipos de liturgia quienes mejor conocen a la asamblea litúrgica y quienes dan identidad y continuidad a unas celebraciones en las que los sacerdotes vamos rotando y cambiando.

Junto al Equipo de Liturgia, está también la participación de los ministros de la Eucaristía. Su servicio es fundamental para expresar un modelo de comunidad que se hace corresponsable en el «dar a Jesucristo» a los demás. Ellos son un referente para el conjunto de la asamblea; su experiencia de fe en comunidad tiene que «avaluar» el ministerio que ejercen; por eso no cualquiera debería asumir esta labor. Por otra parte, su función dentro de la celebración puede no reducirse a dar la comunión: pueden encargarse de acoger a la gente cuando entra al templo, de buscar voluntarios para realizar los gestos y signos que se hayan pensado, de coordinar todo lo relacionado con el ofertorio (la colecta incluida), etc.

Estas acciones, compartidas y participadas por diferentes miembros de la comunidad parroquial, llenarán de contenido comunitario nuestras Eucaristías y nos ayudarán a todos a «tomar parte» en lo que estamos celebrando.

## **ESPACIO PARTICIPADO**

«La iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a la Eucaristía como extraños y mudos espectadores, sino que (...) participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada...» (SC 48).

*En nuestra parroquia, los bancos no tienen reclinatorios y los pasillos son anchos y de fácil acceso. Además, al ser una Iglesia circular, el altar pilla a todos relativamente cerca, y no es fácil distinguir entre feligreses de delante y de detrás. Algún que otro domingo, hacemos que la gente se mueva de su sitio para saludarse al inicio, para compartir algo durante la homilía, para acercarse al altar a presentar algún signo en el ofertorio. En el Padrenuestro solemos darnos todos las manos, para lo cual siempre hay que moverse algo, y a veces así nos quedamos hasta la oración por la paz y la unidad, que decimos todos juntos. Justo antes del Padrenuestro, los ministros de la Eucaristía suben las bolsas de la colecta al pie del altar y allí se quedan el resto de la celebración.*

Nada más rígido y estático que nuestro modo de estar en la celebración eucarística. ¡Y pensar que de lo que se trata es de celebrar en comunidad un banquete...! Ya los Padres Conciliares expresaron con acierto el estado de las

cosas (SC 48): la gente va a misa como «extraños y mudos espectadores», como quien va a una función, toma asiento, guarda silencio, escucha, mira y a la salida comenta qué le ha parecido «el espectáculo».

No sólo la arquitectura y el mobiliario, sino toda una teología y una espiritualidad convierten a la comunidad en público inmóvil, clavado en sus bancos, distante de lo que *sucede* en el presbiterio. Y es que, mientras el presbiterio siga siendo por definición el lugar *propio y específico* de los presbíteros, los laicos se seguirán sintiendo ajenos, cuando no excluidos, del «espacio» central en que se desarrollan las diferentes partes de la Eucaristía (liturgia de la palabra y liturgia eucarística). En este sentido, debemos hacer saltar las distancias y divisiones antievangélicas que se han ido adhiriendo a la liturgia con el paso de los siglos, hasta situarnos antes del Concilio de Laodicea (año 365), cuando se prohibió a los laicos acceder a la parte de la Iglesia donde eran consagradas las especies eucarísticas. No podemos seguir haciendo de los sacerdotes un *estamento* sacralizado y segregado del resto de la comunidad. El reto es, pues, eliminar barreras arquitectónicas y teológicas, quitando barandillas, rebajando escalones, acercando altares, desplazando sedes... suprimiendo todo aquello que divida la comunidad en dos (clérigos/laicos) y que convierta determinados lugares en «zonas de acceso restringido» (con derecho de admisión). El ambón, el altar, la sede y el sagrario deben llegar a ser espacios comunitarios y compartidos que expresen bien que todos somos pueblo sacerdotal y que todos –no sólo el presbítero– «tomamos parte» en lo que se celebra<sup>12</sup>.

### **3.2. Tomar parte en lo que se dice**

«Para promover la participación activa se fomentarán las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antifonas, los cantos y también las acciones o gestos y posturas corporales» (SC 30).

#### **PALABRA PARTICIPADA**

*Muchos de los jóvenes de nuestra Parroquia tienen en Semana Santa diferentes experiencias de Pascuas juveniles, algunas de ellas muy intensas y significativas. El primer domingo de Pascua tenemos por costumbre llenar de vida y actualidad los relatos de las apariciones del Resucitado. Para ello invitamos a que en diferentes momentos de la celebración (saludo inicial, homilía, peticiones, ofertorio, acción de gracias...) algunos jóvenes vayan compartiendo cómo durante la Semana Santa se han encontrado con la presencia viva y actuante de Jesús Resucitado. Los testimonios y oraciones compartidos suelen estar llenos de la frescura del Espíritu y de la fuerza del Evangelio hecho vida. Sin duda que esas «palabras participadas» edifican al conjunto de la asamblea y llenan de contenido la celebración del Resucitado.*

A los laicos se les ha quitado la palabra en muchos ámbitos de la vida eclesial; la celebración de la Eucaristía es uno de ellos. De hecho, tal y como



está estructurada la misa, parece como si se tratara de un denso y largo diálogo entre Dios y el presbítero que el conjunto de la comunidad escucha y al que asiente con esporádicas aclamaciones y algún que otro amén.

Nadie niega que una de las funciones principales de quien preside la liturgia es ser ministro de la Palabra. Pero de ahí no se sigue que él deba monopolizar casi en exclusiva el uso de la palabra. La voz de la asamblea litúrgica tiene que poder ser escuchada, porque son la fe, la vida y la palabra compartidas –y no unas fórmulas asépticas y encapsuladas– las que llenan de contenido la Eucaristía y permiten «hacer lo mismo que Jesús hizo».

Necesitamos recuperar en nuestras liturgias todo aquello que nos remite al significado original de lo que celebramos: un encuentro de hermanos que se reúnen movidos por la fe; una mesa, unos alimentos y una palabra que se comparten; una presencia de Cristo Resucitado que se hace presente en el Cuerpo de Cristo del altar y en el Cuerpo de Cristo que es la comunidad creyente. Por eso, más allá de oraciones y respuestas estereotipadas, el lenguaje de la vida, cargado de experiencias, acontecimientos, retos, éxitos, fracasos, tristezas y esperanzas, tiene que tener cabida a lo largo de la celebración eucarística<sup>13</sup>.

Por ejemplo, en la liturgia de la Palabra, antes de la proclamación de las Lecturas, la comunidad reunida debería poder recuperar brevemente los hechos de vida más significativos de la semana; unos hechos que la Palabra revelada quiere iluminar. Porque es entonces cuando la Palabra de Dios, referida a la vida concreta de las personas, se convierte en «palabra viva y eficaz, más cortante que una espada de dos filos» (Heb 4,12). La homilía es otro de los momentos que deberían abrirse más a la participación del conjunto de la comunidad: mediante testimonios de algunos laicos, dejando tiempo para silencios reflexivos o dejando al final unos minutos para que, por parejas o en pequeños grupos, se termine de hacer que toque tierra lo que se ha dicho durante la homilía.

Del mismo modo, la liturgia eucarística tiene que dejar de ser la parte en la que el sacerdote toma en exclusiva la palabra. Sobre todo en el prefacio, es conveniente ir intercalando algunas aclamaciones o cantos de toda la asamblea, que con su palabra confirma y hace suyo todo aquello por lo que es «justo y necesario darle gracias a Dios».

Estos y otros muchos momentos de nuestras celebraciones pueden y deberían llenarse con palabras de la comunidad que ora, comparte, expresa, confirma y renueva su fe en el banquete eucarístico.

#### **ORACIÓN PARTICIPADA**

*El año pasado, en el equipo de liturgia de la misa que entonces animaba, percibimos que en nuestras celebraciones solía haber una «inflación» de*

*palabra y un «déficit» de silencio orante y contemplativo. Además, nos planteamos que por lo general el que hablaba era siempre el mismo, o sea, yo. Por eso, durante un tiempo nos propusimos reducir la liturgia de la palabra y dar más tiempo a la liturgia eucarística. En concreto, recuerdo una Fiesta del Corpus. Ese domingo decidimos no hacer homilía. Después de la consagración, hicimos que la gente se acercara al altar y, de pie o sentados en unos cojines dispuestos para la ocasión, tuvimos un rato largo de adoración ante el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Ambientados por cantos de alabanza y alguna que otra motivación, fuimos intercalando silencios contemplativos y pequeñas oraciones espontáneas de la gente. Al terminar la celebración, una persona se acercó a la sacristía e hizo saber al equipo de liturgia que nunca había vivido una «densidad eucarística» como la de aquella misa. Creo que fue una buena celebración del Corpus.*

La Eucaristía es toda ella oración de la comunidad creyente que se reúne en torno a Jesucristo como el Señor de su vida. De hecho, son muchas y muy ricas las oraciones que recorren y dan vida a la celebración eucarística. En ellas se plasma la herencia de una experiencia de fe que se ha ido transmitiendo siglo tras siglo, de generación en generación. El sujeto de esas oraciones es la comunidad, convertida en «ecclesia», asamblea orante y celebrante, que pide perdón, alaba, implora, confiesa, se ofrece y da gracias a Dios.

Sin embargo, ¿es ésta la imagen que se da en nuestras misas? ¿Queda en ellas reflejado el carácter comunitario de las oraciones que se dicen? ¿Acaso no da la sensación de que quien ora es una sola persona, mientras que el resto escucha, asiente y de vez en cuando responde con alguna aclamación? En efecto, tal como está estructurada la misa, es el sacerdote quien casi siempre ora, aunque lo haga en nombre de la comunidad y por la comunidad (gran parte de las oraciones del Misal Romano están redactadas en tercera persona del plural, como si el sacerdote se situase fuera o por encima del resto de la asamblea).

Por eso, en nuestras celebraciones eucarísticas, el «nosotros» (incluyente y comunitario) debería impregnar y acompañar al conjunto de las oraciones que se hacen. Porque, desde una eclesiología comunitaria y participativa, no basta que el sacerdote ore en nombre de la comunidad o por ella; sobre todo, debe hacerlo con ella y desde ella. Y es que la identidad del que preside no puede fundamentarse en el poder recibido de celebrar la eucaristía y la gracia estable conferida por el sacramento del orden, sino en su referencia a la comunidad<sup>14</sup>.

De ahí se sigue que, con respecto a las oraciones vocales de la Eucaristía, muchas de ellas podrían pasar de la tercera a la primera persona del plural. Además, se le podría sacar mucho más «partido» a las oraciones que habitualmente suelen ser más compartidas: el perdón, las peticiones, la acción de gracias, etc. Igualmente, no pocas de las oraciones que se suelen definir como propias (y a menudo exclusivas) del sacerdote podrían ser dichas por el conjunto de la comunidad. Porque cuando la eucaristía no es una oración y un sacrificio comunitario, sino personal, ofrecido por y para el pueblo –como

hacían los sacerdotes judíos del AT—, se acaba rompiendo la relación entre comunidad y Eucaristía.

Pero no sólo se ora con palabras en la celebración eucarística; también está la oración que se hace silencio. Y nuestras celebraciones están, por lo general, muy saturadas de palabras y muy escasas de momentos de silencio orante y contemplativo. De vez en cuando es conveniente dejar tiempos de silencio para que la asamblea reunida ore al Señor desde lo profundo de su corazón. Por ejemplo, al presentar las ofrendas en el altar, orar en silencio para que cada cual ofrezca a Dios su vida... En la «epiclesis», orar en silencio, pues es toda la comunidad —no sólo el sacerdote— la que invoca la presencia del Espíritu Santo, Señor y Dador de vida... Después del Padrenuestro, evocar los males de los que queremos y necesitamos ser librados... En el rito de la paz, hacer presente tantas realidades de violencia, división y confrontación como hay en nuestras vidas y en el mundo... La experiencia nos dice —al menos en nuestra Parroquia— que cuando el ritmo de la celebración eucarística permite y facilita esos silencios orantes, toda la comunidad se «mete» más en lo que celebra, haciéndolo más suyo y personalizando aquello que los diferentes signos y fórmulas quieren expresar.

Por último y muy brevemente, quisiera mencionar la importancia de la participación de todos en los cantos de la misa, que son a la vez palabra y oración participada. Sin duda que los cantos realzan y llenan de sentido estético y profundidad las celebraciones. Para ello es conveniente la existencia de coros y animadores del canto en nuestras celebraciones. Pero los coros no son para lucirse; su finalidad principal no es que canten muy bien y suene muy bonito (aunque, si lo hacen, mejor que mejor). Porque, en principio, los cantos del coro no son para ser escuchados, sino cantados (a excepción de algún canto meditativo), sobre todo en oraciones como el Kyrie, el Santo o el Padrenuestro. Con demasiada frecuencia los coros parroquiales ahogan o impiden el canto de la asamblea, que se convierte en «oyente» de una letra y una música de las que no participa. Además, no estaría de más revisar de vez en cuando el cuaderno de cantos de la parroquia, tanto para renovar algunas canciones que sólo de oírlas huelen a rancio, como para purificar tantas piezas con músicas estéticamente pobres y letras antievangélicas (jamás llegaré a entender el «no estés eternamente enojado...»).

### **A modo de conclusión**

Quisiera terminar esta reflexión invitando a una sana y discernida «fidelidad creativa» en nuestras celebraciones eucarísticas: fidelidad a la hondura del misterio que celebramos y su sentido último («hacer lo mismo que Jesús hizo»); creatividad como consecuencia de la acción del Espíritu que todo lo hace nuevo. En cada Eucaristía la presencia del Resucitado se hace sacramento de comunión, y la fe compartida se transforma en banquete fraterno y alimento de vida que invita a seguir recreándose en el arte de conjugar el verbo participar.

Es posible que estos y otros pequeños pasos encaminados a impulsar la participación de toda la asamblea en la celebración de la Eucaristía resulten amenazantes y hasta peligrosos para algunos. De hecho, vivimos tiempos de duras restricciones y prohibiciones en este campo. Por ello, no debemos olvidar esta lúcida observación que en su día formuló E. Schillebeeckx: «...debido a un cambio en la concepción del hombre y el mundo, a mutaciones socioeconómicas y a una nueva sensibilidad sociocultural, un ordenamiento eclesial históricamente consolidado puede convertirse en contradicción y obstáculo para aquello que en otros tiempos se proponía salvaguardar: la construcción de la comunidad cristiana»<sup>15</sup>.

-----

1. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucaristía*, Abril de 2003, Ciudad del Vaticano. En el n. 52 se lamenta el Papa de ciertos abusos relacionados con la Eucaristía, fruto de «un malentendido sentido de creatividad y de adaptación».

2. J.A. ESTRADA, *La identidad de los laicos. Ensayo de eclesiología*, Paulinas, Madrid 1991, pp. 184-185.

3. R. PARENT, *Una Iglesia de bautizados. Para una superación de la oposición clérigos/laicos*, Sal Terrae, Santander 1987, pp. 127-128.

4. *Ibid.*, p. 174.

5. JUAN PABLO II hace una «acuciante llamada de atención para que se observen con gran fidelidad las normas litúrgicas en la celebración eucarística. Son una expresión concreta de la auténtica eclesialidad de la Eucaristía; éste es su sentido más profundo» (*Ecclesia de Eucaristía*, n. 52).

6. R. BROWN, *Las iglesias que los apóstoles nos dejaron*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1986, p. 93.

7. Son muchos los oráculos proféticos que contienen duras críticas contra un culto que se desentiende de la vida del pueblo, y en especial de los que sufren: Is 1,11-18; Miq 6,6-8; Os 2,13-15; 4,11-19; 10,8; 13,2; Mal 3,4-5; etc.

8. Por otra parte, Jesús adopta una actitud recelosa y crítica ante las tres grandes determinaciones de lo sagrado: el espacio sagrado (el Templo), el tiempo sagrado (el sábado) y las personas sagradas (los sacerdotes).

9. Documentos del Vaticano II, *Constitución Sacrosanctum Concilium (SC)*, 14.

10.C. FLORISTÁN, *Teología Práctica. Teoría y práctica de la acción pastoral*, Sígueme, Salamanca 1993, p. 635.

11. En la Parroquia, de las siete eucaristías dominicales, seis tienen su respectivo equipo de liturgia (de cinco a diez personas), y los seis están vinculados entre sí por una «Coordinadora de Liturgia» (representada en el Consejo Pastoral).

12. «A la hora del ágape sacramental, la asamblea debería acercarse a la mesa del altar, rodearla de alguna manera y allí, de pie, escuchar la oración bendicional sobre el pan y el vino»: L. MALDONADO, *Celebrar la Eucaristía. Nuevos lenguajes*, PPC, Madrid 1997, p. 19.

13. En este sentido, el lenguaje litúrgico resulta para muchos frío y extraño, cuando no incomprensible. En una cultura secular como la nuestra, se impone el reto de «reinventar» el lenguaje religioso y litúrgico que utilizamos, de

manera que responda a los interrogantes y búsquedas de los cristianos del siglo XXI.

14. Como dice J.A. ESTRADA, «el problema no es que a los ministros que presiden se les llame o no sacerdotes (...), sino que se olvide que son servidores de un pueblo que es todo él sacerdotal; que la Eucaristía no es algo propio, privado o individual, sino celebración colectiva; y que el sacerdocio cristiano por antonomasia es el de la vida, el fundado por Jesús, mientras que la función de los ministros sacerdotes está al servicio de ese sacerdocio existencial y comunitario»: *op. cit.*, p. 59.

15. E. SCHILLEBEECKX, «La comunidad cristiana y sus ministerios»: *Concilium* 153 (Marzo 1980), p. 430.

## 2, La lección de la eucaristía

Colección fe adulta, 24

Fray Marcos

Es muy difícil no caer en la tentación de decir sobre la eucaristía lo políticamente correcto y dispensarnos de un verdadero análisis del sacramento más importante de nuestra fe. Son tantos los aspectos que habría que analizar, Tantas las desviaciones que hay que corregir, que solo el tener que planteármelo, me asusta.

Después de toda una vida intentando profundizar en el mensaje de Jesús, os puedo asegurar, sin ningún género de duda, que hemos tergiversado hasta tal punto el evangelio, que lo hemos convertido en algo totalmente ineficaz para una verdadera vida espiritual.

No me resisto a contaros, una vez más, el relato que oí una vez a Tony de Melo (en un vídeo, por supuesto). Es el mejor resumen de todo lo que me gustaría transmitir sobre la eucaristía.

*En una tribu de primitivos seres humanos, el más espabilado descubrió un día la manera de hacer fuego. La manipulación del fuego ha sido el invento que más ha contribuido al avance de la civilización humana. El inventor quiso hacer partícipes a otras tribus de aquellas ventajas; así que cogió los bártulos y se fue a la tribu más cercana.*

*Reunió a la comunidad y les explicó la manera de hacer fuego y como se podía utilizar para mejorar la calidad de vida. La gente se quedó admirada al ver aparecer el fuego, como por arte de magia. Todo eran muestras de*

*admiración y agradecimiento. El visitante, les dejó los aperos de hacer fuego y se volvió a su tribu.*

*Unos años después, volvió por la aldea y les preguntó por las ventajas que habían logrado con la utilización del fuego. Cuando lo vieron llegar, todos mostraban su alegría y le condujeron a una pequeña colina apartada del poblado, donde habían construido una plataforma y en lo más alto habían colocado una preciosa urna, donde habían guardado con devoción los instrumentos de hacer fuego que les había regalado.*

*Toda la tribu se reunía allí con frecuencia, para adorar e incensar aquellos instrumentos tan valiosos. Pero... ni rastros de fuego en toda la aldea. Su vida seguía exactamente igual que antes. Ninguna ventaja había extraído de sus enseñanzas. Seguían sin atreverse a usar el fuego.*

Con los conocimientos que hoy tengo, os puedo asegurar que lo último que se le hubiera ocurrido a Jesús, es pedir que los demás seres humanos se pusieran de rodillas ante él y lo adoraran.

Él si se arrodilló ante sus discípulos para lavarles los pies; y al terminar esa tarea de esclavos, les dijo: *“Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor. Pues si yo, el Maestro y el Señor os he lavado los pies, vosotros tenéis que hacer lo mismo”.*

Esa lección nunca nos ha interesado. Es más cómodo convertirle en objeto de adoración, que imitarle en el servicio y la disponibilidad para con todos los marginados.

Hemos convertido la eucaristía en un rito puramente cultural que ni es fruto de una vivencia ni produce en nosotros la más mínima chispa de Vida. En la mayoría de los casos no es más que una pesada obligación que nos quitaríamos de encima si pudiésemos. Se ha convertido en una ceremonia rutinaria y monótona, incluso repetida una y otra vez con un soniquete que demuestra la falta absoluta de convicción y compromiso.

La eucaristía era para las primeras comunidades el acto más subversivo que nos podamos imaginar. Los cristianos que la celebraban se sentían comprometidos a vivir lo que el sacramento significaba. Eran conscientes de que recordaban lo que Jesús había sido durante su vida y se comprometían a vivir como vivió Jesús.

El mayor problema de este sacramento hoy, es que se ha desorbitado la importancia de aspectos secundarios (sacrificio, adoración) y se ha olvidado totalmente la esencia de la eucaristía, que es precisamente su aspecto sacramental.

La eucaristía es un sacramento. Los sacramentos ni son ritos mágicos ni son milagros. Los sacramentos son la unión de un signo con una realidad significada.

## **El signo.**

Lo que es un signo lo sabemos muy bien, porque toda la capacidad de comunicación, que los seres humanos hemos desplegado, es a base de signos. Todas las formas de lenguaje no son más que una intrincada maraña de signos. Con esta estratagema hacemos presentes mentalmente las realidades que no están al alcance de nuestros sentidos. En la eucaristía manejamos dos signos.

El Pan partido y preparado para ser comido, es el signo de lo que fue Jesús toda su vida. El signo no está en el pan como cosa, sino en el hecho de que está partido y re-partido, es decir en la disponibilidad en la que se encuentra para poder ser comido. Jesús estuvo siempre preparado para que todo el que se acercara a él pudiera hacer suyo todo lo que él era. Se dejó partir, se dejó comer, se dejó asimilar; aunque esa actitud tuvo como consecuencia última que fuera aniquilado por los oficiales de su religión.

La sangre derramada. Es muy importante tomar conciencia de que para los judíos, la sangre era la vida. No se trataba de un signo de vida, como puede serlo para nosotros hoy, sino que era la vida misma. De tal modo que tenían terminantemente prohibido comer la sangre de los animales, porque la vida era propiedad exclusiva de Dios. Con esta perspectiva, la sangre derramada está haciendo alusión a la vida de Jesús que estuvo siempre a disposición de los demás.

No es la muerte la que nos salva, sino su vida humana que estuvo siempre disponible para todo el que lo necesitaba. El valor sacrificial que se le ha dado al sacramento no pertenece a lo esencial. Se trata de una connotación secundaria que no añade nada al verdadero significado del signo.

## **La realidad significada.**

Se trata de una realidad trascendente, y está siempre fuera del alcance de los sentidos; por esa razón, siempre que queremos hacerla presente, tenemos que utilizar los signos. De aquí proviene la necesidad que tenemos de los sacramentos. Dios no los necesita, pero nosotros sí, porque no tenemos otra manera de acceder mentalmente a esas realidades.

Esas realidades son eternas y no se pueden ni crear ni destruir; ni traer ni llevar; ni poner ni quitar. Están siempre ahí. En lo que fue Jesús durante su vida, podemos descubrir esa realidad, la presencia de Dios en él. En el don total de sí mismo descubrimos a Dios que es Don absoluto y eterno.

El primero y principal objetivo al celebrar este sacramento, es tomar conciencia de la realidad divina en Jesús y en nosotros. Pero esa toma de conciencia tiene que llevarnos a vivir esa misma realidad como la vivió Jesús. Toda celebración que no alcance, aunque sea mínimamente, este objetivo, se convierte en completamente inútil.

Celebrar la eucaristía pensando que me añadirá algo (la 'gracia'), automáticamente, sin exigirme la entrega al servicio de los demás, no es más que una ilusión y un autoengaño.

En la eucaristía se concentra todo el mensaje de Jesús, que es el AMOR. El Amor que es Dios manifestado en el don de sí mismo que hizo Jesús durante su vida. Esto soy yo: Don total, Amor total, sin límites.

Al comer el pan y beber el vino consagrados, estoy completando el signo. Lo que quiere decir es que hago mía su vida y me comprometo a identificarme con lo que fue e hizo Jesús, y a ser y hacer yo lo mismo.

El pan que me da la Vida no es el pan que como, sino el pan que doy. Soy cristiano, no cuando "como a Jesús", sino cuando me dejo comer, como hizo él.

La comunión no tiene ningún valor si la desligamos del signo sacramental. El gesto de comer el pan y beber el vino consagrados es el signo de nuestra aceptación de lo que significa el sacramento. Comulgar significa el compromiso de hacer nuestro todo lo que ES Jesús.

Significa que, como él, soy capaz de entregar mi vida por los demás, no muriendo, sino estando siempre disponible para todo aquel que me pueda necesitar.

Todas las muestras de respeto hacia las especies consagradas están muy bien. Pero arrodillarse ante el Santísimo y seguir humillando y despreciando, o simplemente ignorando al vecino, es sencillamente un sarcasmo. Si en nuestra vida no reflejamos la actitud de Jesús ante todo el que sufre, la celebración de la eucaristía seguirá siendo magia barata para tranquilizar nuestra conciencia.

## **No es magia**

Es sin duda ninguna, el sacramento más importante de nuestra religión. Pero si Jesús volviera hoy y asistiera a nuestras misas, sentiría la misma indignación que experimentó al ver los trapicheos que se traían los sacerdotes en el templo. Y es que seguimos olvidados de lo esencial, que es hacer presente en nosotros todo lo que significó Jesús con su vida de total entrega a los demás.

Asistimos a misa porque está mandado y para no cometer un pecado mortal. Sin darnos cuenta que el verdadero pecado es asistir a misa sin que eso cambie en nada nuestra actitud vital.

El ácido acetilsalicílico produce su efecto en el paciente automáticamente, aunque no tenga ni idea de su composición. Pero los sacramentos son la unión de un signo con una realidad significada que no se



puede dar si no contamos con una mente despierta. Sin esa conexión, el rito se queda en puro folclore.

Ya sabemos que, como sacramento, la eucaristía es un signo, no magia. Sabemos también que la eucaristía la celebra la comunidad reunida, aunque esto no está tan claro. La inmensa mayoría de los cristianos sigue pensando que la misa la celebra el sacerdote.

Este despiste generalizado es consecuencia de creer que el sacerdote tiene poderes especiales para realizar un milagro. Mientras no superemos esta manera de entender la celebración y el sacerdocio estaremos incapacitados para entender el verdadero significado del sacramento.

Jesús dijo: donde dos o más estés reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Nunca dijo: donde haya un sacerdote con poder para consagrar, en el pan me haré presente yo. Es la comunidad reunida la que recuerda a Jesús y le hace presente.

Es muy importante que tomemos conciencia clara de que el signo no es el pan, a secas, sino el pan partido y repartido, preparado para ser comido. El hecho de partir el pan forma parte de la esencia del signo. Jesús se hace presente en ese gesto, no en la materia del pan.

Si comprendiéramos bien esto, se evitarían todos los malentendidos sobre la presencia real de Jesús en la eucaristía. El pan consagrado hace siempre referencia a una fracción del pan, es decir, a una celebración eucarística. Sin esa referencia no tiene entidad ninguna.

Lo mismo en la copa. El signo no es el vino, sino el **vino bebido**, es decir, compartido. Para los judíos la sangre era la vida, (no signo de la vida, como para nosotros, sino la misma vida). La copa derramada es la vida de Jesús puesta al servicio de todos, su vida se da para que todos participen de ella.

La realidad significada no es Jesús sino Jesús como don, es decir, es el AMOR que es Dios, manifestado en Jesús. Empecemos por aclarar que la palabra hebrea que traducen los textos al griego por "soma", no significa exactamente cuerpo. En la antropología judía del tiempo de Jesús, el ser humano era un todo único, pero podían distinguirse distintos aspectos de ese todo: hombre carne, hombre cuerpo, hombre alma, hombre espíritu. Hombre cuerpo no hace referencia a la carne, sino a la persona como sujeto de relaciones.

El "soma" griego tiene varios significados pero al traducirlo al latín por "corpus", terminó por imponerse el significado material de cuerpo físico y esto distorsionó el mensaje original. Jesús no dijo: Esto en mi cuerpo (físico) sino esto soy yo, esto es mi persona que se ha entregado a los demás. Esta perspectiva nos abre a una nueva comprensión del sacramento.

La eucaristía resume la actitud vital de Jesús, que consistió en manifestar lo que es Dios. Como buen hijo hace presente al padre allí donde está él.

Esa realidad significada, por ser espiritual, no está sometida al tiempo ni al espacio. Está siempre ahí. Hacemos el signo, no para crearla, sino para descubrir su presencia, y poder así vivir conscientemente nuestra más impresionante profundidad de ser.

Salir de la dinámica del milagrito y de la magia, no es tan fácil; exige un esfuerzo mental que muchos no están dispuestos a hacer.

## 3, Parábola del pan y el vino

Colección fe adulta, 24

José Enrique Galarreta

El pan y el vino son dos símbolos constantes en la predicación de Jesús:

- El grano de trigo enterrado y muerto para dar fruto,
- La pizca de levadura que fermenta una gran masa,
- La multiplicación de los panes,
- El pan vivo bajado del cielo,
- El vino de Chaná,
- El vino nuevo que rompe los odres viejos.

El pan, nacido de granos de trigo sembrados, muertos, multiplicados, molidos, amasados, fermentados por la levadura, para ser alimento de muchos, para convertirse en los que lo comen.

Los granos de uva, milagros de la vida en la vida, machacados también y estrujados, que también fermentan en la oscuridad para ser bebidos y dar fuerza y alegría a los que beben.

El grano de trigo, los granos de uva, el pan y el vino enlazan con lo mejor y más profundo de las parábolas. El pan y el vino tuvieron el honor de ser elegidos como la parábola de las parábolas, en la cena de despedida de Jesús.

Muchas cosas habría encima de la mesa en aquella cena. Cordero (si fue una cena pascual), verduras, salsas, candelabros para iluminar la estancia... muchas de ellas habían sido ya elegidas como símbolos del Mesías: el cordero inmolado, la luz que resplandece en las tinieblas.

Pero aquella noche, los ojos de Jesús se fijaron en signos más sencillos, el pan y el vino. Jesús se sintió pan, se sintió grano de trigo enterrado y muerto para ser fecundo, hogaza fermentada por el Viento de Dios para que muchos tuvieran alimento. Se sintió grano de uva estrujado y exprimido, fermentado hasta ser vino generoso que enciende el espíritu del que lo bebe.

Y se sintió pan y vino compartido por muchos, alrededor de una mesa de hermanos que al compartir el pan y el vino con él mismo se sentían más hermanos, compartían con él su entrega para ser pan y vino para muchos.

Jesús no fue un grano de trigo conservado en un viril para ser adorado. Jesús no fue un frasco de vino precioso reservado por su dueño para admirar a los huéspedes.

Jesús leyó durante la cena su vida entera, como se lee la vida en la cercanía cierta de la muerte, y se interpretó a sí mismo con la más bella de todas las parábolas.

Así, la cena de despedida de Jesús coronó todas sus comidas/ cenas con pecadores, en las que se sembraba y se derramaba, con riesgo de su prestigio y de su vida, aquellas comidas que expresaban con perfección toda su forma de vivir: sembrarse en cualquier terreno, aunque estuviera lleno de piedras y de cardos, a voleo, generosamente, sabiendo que sería pisado, ahogado por las zarzas, rechazado por la tierra endurecida por la sequía.

La cena de despedida resumió en el pan y en el vino la vida entera de Jesús, su estilo, su concepción del Reino, el modo de proceder de los que quisieran seguirle, su imagen de Dios.

Por eso los que se atrevieron a seguirle, los que después de verle morir en la cruz vencido y humillado se atrevieron a proclamar que Dios estaba con él, significaron también toda su fe y su modo de vida compartiendo el pan y el vino en un recuerdo que hacía presente a Jesús, que invitaba a la comunión con él y con todos los que se reunían alrededor de la mesa.

Y allí, alrededor de la mesa, cada uno presenta y ofrece su grano de trigo y se presenta a sí mismo como grano de trigo entregado con Jesús y como Jesús, para que haya más vida en el mundo.

Es estremecedor pensar en la profundidad de la imagen del pan y del vino y su enorme superioridad sobre la idea de sacrificio ritual de una víctima sustitutoria. El verdadero sacrificio de Jesús no fue solamente ser cordero inmolado en la cruz, sino ser grano de trigo sembrado desde que se dejó llevar del Espíritu, allá en el Jordán, desde el entorno del Bautista.

El cordero es una imagen sangrienta, espectacular y momentánea. El grano de trigo es una imagen cotidiana, desapercibida, constante. El sacrificio del templo es oficiado por el sacerdote y contemplado por los demás. El grano enterrado es cada uno, todos los días, como sacerdote de su propio sacrificio que es toda su vida.

Y no es bueno que se mezclen, porque el sacrificio del cordero inmolado por el sacerdote tiene el atractivo de los espectáculos culturales, y sus resplandores hacen olvidar fácilmente al grano cotidiano, enterrado en silencio.

## **4, Recuperar la comprometedor fiesta de la solidaridad**

**Colección fe adulta, 24**

**Pope Godoy**

La comida en común es una de las acciones simbólicas más generalizadas en todos los tiempos y en todas las culturas. Expresa lazos familiares, acogida, compañerismo, fraternidad... Es un símbolo inteligible por todo el mundo, sin más explicaciones. Pero si nos acercamos a las celebraciones eucarísticas en nuestras iglesias y parroquias, la primera impresión es que no son entendibles por sí mismas. ¿Qué ha pasado?

### **El rito ha devorado al símbolo.**

Todo está previsto y reglado: los gestos, las palabras, las vestiduras, la materia utilizada en la Eucaristía... Buscando la garantía jurídica del rito, la institución ha terminado por matar el símbolo universal de la mesa compartida. Con un problema de más hondo calado. La evolución histórica de la celebración eucarística es un dramático ejemplo de la tendencia que tienen todas las instituciones (religiosas, políticas o sociales) a convertirse en fin.

Se afirma la presencia real de Cristo. Pero la institución eclesial controla todo el proceso: ella establece cuándo se hace presente y cuándo no, quiénes son las personas autorizadas para realizar el rito, quiénes pueden acercarse a comulgar.

### **El altar ha devorado a la mesa.**

Las primeras comunidades asocian la celebración eucarística con los sacrificios del Antiguo Testamento, tan presentes en su cultura religiosa. Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. En torno a esa imagen va fraguando la imagen de la Eucaristía como sacrificio. Resulta sorprendente la cantidad de veces que se emplea la palabra "sacrificio" en los textos litúrgicos.

Como alternativa a las eucaristías oficiales, van surgiendo grupos minoritarios que recuperan la búsqueda de los orígenes al margen de la institución oficial y, con frecuencia, fuera de los espacios religiosos tradicionales.

### **Las comidas de Jesús en los Evangelios.**

- o Jesús come con Leví, el publicano (Mt 9,9-13 y paral.)
- o come en casa de Simón, un fariseo (Lc 7,36-50)
- o el propio Jesús se invita a casa de Zaqueo, el recaudador (Lc 19,1-10)
- o come en casa de Marta, mientras su hermana María le escucha a sus pies (Lc 10,38-42)
- o María unge los pies de Jesús durante una comida en su casa, junto con Marta y Lázaro (Jn 12,1)
- o comida en casa de Simón el leproso (Mt 26,6-13 y Mc 14,3-9))
- o la vuelta del hijo pródigo se celebra con un banquete (Lc 15,11-32)
- o la parábola de El rico epulón, como expresión sangrante de la insolidaridad (Lc 16,19-31)
- o Jesús compara el Reinado de Dios con un gran banquete (Lc 14,16-24; Mt 22,1-13)
- o los dos discípulos que van a Emaús “abren los ojos” durante la comida (Lc 24,31)

Para asombro nuestro, en los Evangelios tenemos seis relatos de la multiplicación de los panes (Mt 14, 13-21; Mc 6,30-44; Lc 9,11-17; Jn 6,1-14.- Mt 15,32-39; Mc 8,1-9), mientras que sólo hay tres relatos de la comida en la última cena (más el de Pablo en 1Cor 11,23ss)

### **Algunos rasgos de estas comidas.**

La expresión partir el pan significa celebrar la Eucaristía (Hch 2,42).

El esquema narrativo es el mismo en estos diez relatos, a los que se añade el de los discípulos de Emaús:

- o coger o tomar el pan o los panes (en los 11 relatos)
- o alzar la mirada al cielo (en 3 relatos de Mt, Mc y Lc)
- o pronunciar la bendición (en los 11 relatos)
- o partir el pan o los panes (en 10 relatos, menos Jn)

o repartirlo, el propio Jesús o sus discípulos (10 relatos, menos 1Cor).

### **La comida es la expresión más entendible del Reinado**

**de Dios:** la igualdad y la inclusión de todos los seres humanos.

La sociedad en que vive Jesús se encuentra muy estratificada en clases y categorías sociales. Las personas y los grupos no se mezclaban en las comidas. Necesitamos subrayar este dato sociológico, precisamente porque ya ha sido superado en nuestra cultura.

Jesús rompe ese esquema de segregación social. Come con fariseos, con publicanos, se identifica con la masa anónima durante las comidas al aire libre. Crossan la llama “comensalía abierta y dejada al azar... con una mezcla absoluta de clases, sexos, rangos y grados”.

El escándalo está servido. Las comidas de Jesús tenían un carácter peligroso y claramente subversivo del orden social existente.

### **La celebración de la Última Cena**

La última cena fue una comida normal, sin ningún carácter sagrado. Jesús y sus discípulos (lo más probable es que hubiera también mujeres) repitieron la comida en común que habían hecho tantas veces.

Jesús no estableció un ritual específico para recordarlo a Él. No fue una despedida consciente, aunque sí pudo ser una despedida “presentida”.

Obviamente, Jesús no estableció un “sacerdocio”. Ni Jesús era sacerdote, ni pretendió crear una estructura sacerdotal.

Tras la muerte y resurrección de Jesús, las primeras comunidades fueron cargando de contenido el recuerdo de la Última Cena.

- La fórmula “esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros” (1Co 11,24; Lc 22,18) es el resumen condensado de toda la existencia de Jesús: una vida entregada a los demás.
- El vino fue significando progresivamente la sangre de Cristo. Es decir, su pasión y su muerte. La coherencia de una vida entregada a los demás le llevó a darla físicamente, trágicamente por los demás.

Nuestras celebraciones eucarísticas, por lo menos en pequeños grupos más conscientes, deberían tener de forma más o menos explícita estos cuatro niveles de expresión:

**1.- Una crítica política:** La sociedad actual es radicalmente injusta porque excluye de la mesa común a la inmensa mayoría de la humanidad. Es urgente crear estructuras de solidaridad para hacer efectivo el reparto de los bienes indispensables para todo ser humano.

**2.- Un desafío económico:** El reto de compartir no es sólo de los poderes públicos. Me implica también a mí como persona y nos implica como comunidad. Necesitamos buscar fórmulas de solidaridad económica, social, cultural, educativa, derechos humanos... para que la utopía de compartir vaya ganando terreno en nuestra vida personal y comunitaria.

**3.- Un rito sagrado:** Los dos puntos anteriores pueden ser compartidos por otras muchas personas que practican estos mismos valores de solidaridad, más allá de cualquier confesión religiosa o adscripción política. Pero quienes creemos en Jesús, el Cristo, recordamos además de forma muy detenida y gozosa toda la vida, la muerte y resurrección de Jesús, como el símbolo más estimulante y sencillo de cómo vivir para los demás.

**4.- Un culto litúrgico:** Nos sentimos unidos a los millones de personas creyentes que en todo el mundo intentan seguir los pasos de Jesús. Esa Iglesia que tiene su origen en Jesús de Nazaret y que lo confiesa como el Cristo, el Hijo de Dios, pues “donde están dos o tres reunidos apelando a mí, allí, en medio de ellos, estoy yo” (Mt 18,20).



## 5, Qué cuerpo y qué sangre

Colección fe adulta, 24

Sandra Hojman

En esta tarde de víspera del Corpus, en que la iglesia diocesana marcha en la plaza... (pocas veces han salido a marchar... sólo a demostrar fuerzas o a combatir la libertad en el amor... jamás gritando contra el hambre o reclamando verdad y justicia...)

En esta tarde me pregunto por tu cuerpo y tu sangre...

No creo en el cuerpo que no se rompe antes de consagrarse, porque te encargaste muy bien de partir primero el pan para después declarar “así soy yo”. Aunque esto dice la fórmula, no lo confirma la acción litúrgica... una de tantas veces en que la palabra es desmentida por las prácticas... “Tomó el pan, lo partió y lo dio...”.

Esto eres, el cuerpo roto, uno de los tantos rotos, partidos, lastimados, entregados...

No eres el que se preserva entero, “sin mancha ni arruga”. Eres el que se quiebra para recobrar, en y con nosotros, la integridad, y solo si nosotros la recuperamos. Mientras haya rotos en estos pagos, seguirás partiéndote...

Eres el que no se guarda ni una miga de sí, para que alcance para todos. Eres el que se identifica con los quebrantados de la historia, con los desposeídos (o sea, aquellos a quienes les fueron arrebatadas las posesiones básicas).

No creo tampoco en una sangre que se derrama “por muchos”, que se restringe, que hace acepción. Creo en el empuje irrefrenable de tu vitalidad, que todo lo empapa, que sigue corriendo, que se cuela por cualquier grieta. Creo en el río de tu amor, que no deja a nadie afuera. Creo en la explosión de vida de tu pascua, que recoge todos los llantos y todos los gozos, que hace fiesta con el mejor vino y no se deja detener ni aun por tus mensajeros.

No creo en tu cuerpo encerrado en jaula de oro, transformado de pan común y corriente en objeto de joyería. No creo en tu cuerpo atrapado, lejos nuevamente de tu pueblo, velo del templo que te oculta una vez más. No creo en un cuerpo portado sólo por los iluminados ni en tantos indignos de recibirte. No creo en un cuerpo al servicio de la exclusión, del exilio, de marginalidad. Creo en tu camino desde los márgenes y desde los marginales, para la reunión

final que concluye la diáspora. Creo en el escándalo de que en la mesa de los pobres, se ofrece Dios mismo.

Tampoco creo ya en la iglesia poderosa, que se reúne para exhibir, que se hace presente cuando nadie la llama y pareciera no oír los gemidos de tu pueblo. Que elige tan prudentemente qué banderas levantar. No creo en las vestiduras, en los ornamentos, en nada que aleje tu cena de ese encuentro fraterno donde nos revelaste lo infinito de tu amor; donde nos serviste y nos enseñaste y juntaste coraje para seguir amando.

No creo en tantas cosas. Creo en tanto amor derramado... pobre y empobrecido...que no elige dónde estar, se brinda a todos, tirado en la mesa. Expuesto a que lo tomen o no, lo gocen o lo maltraten.

Creo en tu cuerpo hecho pedazos. Creo en tu sangre volcada sobre nuestra humanidad, sin medida.

## **6, La Eucaristía en las CEBS, Comunidades Cristianas de América Latina**

**Colección fe adulta, 24**

Las CEBS han crecido en torno a una Celebración libre y diversificada de la Palabra.

La experiencia de las CEBS hace que no solamente la Eucaristía sea el punto culminante de su encuentro, sino que todo lo que se hace y vive tiene una dimensión eucarística.

Todo está orientado hacia la Eucaristía, no solo como culto sino como forma de ser de la Iglesia: comunión y donación de vida festiva y resaltando que es una concentración del pueblo de Dios.

Cualquier persona que participe en una Celebración de las CEBS se impacta por el ambiente de comunicación y alegría allí reinante. En estas celebraciones se siente fuertemente el primer elemento necesario en una celebración litúrgica: la asamblea. Por eso, se le da mucha importancia a los ritos de acogida: las personas se presentan, se acogen, se abrazan, aplauden y danzan la vida.

Quién conoce las dificultades, sufrimiento, lucha del Pueblo pobre, se siente sorprendido con la fuerza que encuentran para manifestar alegría y tener ese clima de fiesta en las celebraciones.

Como en las comunidades primitivas, la celebración toma más la forma de cena, de una comida, más que simplemente de un culto. Cada Eucaristía es ocasión de compartir los alimentos, como comparten la vida, y procuran que el pan sea pan verdadero y el vino se pueda beber.

La Eucaristía no es mera repetición del gesto de Jesús, no es mero rito. Las comunidades no dividen la fe y el compromiso transformador. La Eucaristía es un momento fuerte de compartir la Palabra y el Pan, es también de compartir la vida, de denunciar las injusticias y tomar una posición firme por la justicia del Reino.

La dimensión profética y liberadora de la Eucaristía no está solamente en lo que se denuncie o anuncie en la homilía sino también en la participación verdaderamente igualitaria y con el compromiso con los más pequeños.

Las CEBS no dejan que la iglesia se olvide de eso: que todos podamos ser considerados hermanas y hermanos con derechos iguales y total posibilidad de participación ciudadana.

Donde no hay justicia no hay Eucaristía. Cada vez que celebramos la Cena de Jesús anunciamos la justicia, denunciemos la injusticia y anunciamos la realidad del Reino que vendrá.

El sacramento de la Cena del Señor no se reduce al rito ni menos a veneración del signo sacramental. El primer signo más fundamental de la Cena es la comunidad reunida y por eso la comunidad espontáneamente se saluda, se acoge efusivamente. Durante la celebración nada rompe la libertad de comunicación de la gente que celebra.

Y como lo hace la teología de la liberación, la comunión en la pobreza la viven luchando contra la injusticia estructural, fuente del empobrecimiento de la mayoría de la humanidad.

La forma de celebrar la Eucaristía de las CEBS no es perfecta ni la mejor de todas, pero ciertamente intenta unir el rito, la realidad y la profecía, y la igualdad que Dios quiere para todos.

## 7, Las eucaristías laicas

Colección fe adulta, 24

Manuel González

La eucaristía laica, celebrada fuera del templo, en pequeños grupos, sin ministro ordenado, sin ritos mágicos, es quizás el signo más llamativo del quehacer del Espíritu en nuestros días. Se trata de volver a lo que debió ser la última cena.

Las comidas ocupan un lugar muy importante en los evangelios. Y fue precisamente realizando una comida, la última que hizo el día anterior a su muerte, como Jesús quiso que le recordásemos siempre. En esa comida realizó gestos que la singularizan entre las demás y nos dejó mensajes de lo que él quería que tuviésemos presente cuando nos reuniéramos en su nombre.

En esa comida no hubo personas sagradas. Tampoco Jesús se presentó como persona sagrada. Toda su vida fue un laico, vivió y murió sin dejar de ser lo que hoy llamamos una persona laica. Tampoco hubo un lugar sagrado. "Mandó ir a la casa de un amigo y preparar la Pascua en una sala grande". Ni se realizaron gestos sagrados. Fue una comida, en una sala grande, de un grupo de gente laicas, presidida por un laico.

En ella Jesús le da un giro radical a la tradicional cena pascual del pueblo judío. El centro de la misma no fueron los salmos y lecturas tradicionales, ni el cordero, ni las yerbas amargas.

En los sinópticos, se hace mención a partir y compartir trozos de pan y beber un poco de vino. Y en Juan, se nos narra el lavatorio de los pies y el mandamiento nuevo. Todo ello tiene a la persona de Jesús como centro y garantiza su presencia en los que, a través de los tiempos, van a continuar haciendo lo que él hizo entonces.

En aquella cena última se nos afirma que compartir el pan es identificarse con Jesús, es decir, comer su cuerpo, su persona, aceptar su mensaje y su actividad como norma de vida; vivir en sintonía con él, teniéndole como referente en nuestro quehacer diario.

Y beber el vino es, además, identificarse con su sangre, sangre que pronto iba a ser derramada. Es aceptar a un Jesús, que va a morir despojado de sus derechos civiles, despojado de su dignidad personal, como un don

nadie, con una muerte que sólo se daba a los esclavos fugitivos que trataban de emanciparse y a las personas subversivas.

Caifás y los suyos, vieron en Jesús el cabecilla de un grupo que iba creciendo día a día, que ponía patas arriba todo el sistema establecido, y que, por tanto, convenía eliminar. Y consiguió de Pilatos una muerte ejemplar para cuantos intentaran seguirle. Y es a ese Jesús, consecuente hasta este extremo con lo que decía, al que recordamos cuando bebemos el vino.

Otro gesto de aquella cena fue lavar los pies. Hay que trasladarse a aquella época, para, viéndolo de rodillas lavando los pies a aquellos hombres y a aquellas mujeres, tratar de comprender todo lo que Jesús en aquella comida quiso decirnos.

Es un gesto que nos va a recordar siempre que entre los suyos, cuando se reúnan para recordarle, no puede haber, nunca jamás, nadie que se coloque por encima de los demás, y menos como intermediario con Dios, con poderes mágicos para hacer que las cosas dejen de ser lo que son, para convertirse en otra cosa.

Y nos va a recordar siempre la opción personal fundamental que debe regir la vida de los que nos reunimos en su nombre.

Al compartir el pan , beber el vino, recordar el lavatorio de los pies, junto al mandamiento nuevo de que nos habla Juan, encontramos, sintetizado de un modo gráfico, lo que fue Jesús, las actitudes fundamentales que dirigieron su vida y que queremos que sean la utopía que señale nuestro caminar de cada día.

En aquella última cena, testamento de Jesús, que recordamos y repetimos cuando celebramos la eucaristía, no hay vestigio ni rastro de personas sagradas, ni de lugares sagrados, ni de ritos sagrados. Y menos aún, de un sacrificio expiatorio, por no sé qué pecados, que se han cometido y que se seguirán cometiendo hasta el final de los tiempos.

Hoy son muchos los pequeños grupos que entienden y celebran de este modo la eucaristía. Eucaristía que podríamos llamar laica, dado que en ella, como en la primera eucaristía, no tiene lugar "lo sagrado".

En esta celebración se sienten todos iguales. No necesitan ministro ordenado. No necesitan templos. No necesitan una infraestructura económica. Alguien, hombre o mujer, en representación de la comunidad, dirige el ritmo de la celebración.

No aceptan leyes ni directrices de personas que, por el cargo que ocupan, se sienten con poder para mandar o prohibir. Pero, eso sí, sienten que Jesús está como uno más en el grupo, y se esfuerzan, cada uno según su capacidad, por tomar en serio todo lo que Jesús pidió que tuviésemos presente cuando nos reuniéramos en su nombre.

Tratan, más que de cambiar el lugar, los ritos o el modo de realizar la celebración, en cambiar de vida y estar en contacto con los más desfavorecidos.

## 8, ¿El cuerpo y la sangre de Cristo?

### Otro Dios es posible, entrevistas exclusivas con Jesucristo, nº 64

Colección fe adulta, 24

María y José Ignacio López Vigil

*RAQUEL.- Los micrófonos de Emisoras Latinas regresan a Jerusalén y están instalados hoy en el Cenáculo, escenario de los hechos maravillosos de aquel Jueves Santo. Con nosotros, Jesucristo, protagonista de aquella noche memorable. En este lugar, usted celebró la Última Cena y la Primera Misa.*

JESÚS.- Bueno, aquí comimos la Pascua. Todos los años, con la luna de primavera, hacíamos lo mismo. Es la gran fiesta de mi pueblo, un memorial del éxodo, cuando Moisés liberó a los esclavos del faraón.

*Sí, pero aquella Pascua fue especial. Reconstruyamos los hechos. Estaban todos reunidos cenando. Usted tomó el pan y dijo: “cómanlo, esto es mi cuerpo”. Después, la copa de vino: “bébanla, es mi sangre”. Tal vez las palabras más sagradas de la historia de la humanidad. ¿Fue así?*

Sobre el pan y el vino yo dije una bendición. No recuerdo las palabras exactas, pero... no sé a dónde quieres llegar.

*A la transustanciación. Cuando usted pronunció esas palabras mágicas, quiero decir misteriosas, en aquel pan estaba la presencia de Dios, ¿sí o no?*

Sí, en aquel pan estaba Dios.

*Me alegra escucharlo. Llegué a pensar que usted echaría abajo otro dogma...*

¿De qué te asombras, Raquel? En Dios vivimos, nos movemos y somos. ¿No lo sabías ya? Levanta una piedra, ahí está Dios. Parte un trozo de madera, ahí lo encontrarás.



*Un momento. No se me vaya por los trozos, digo por las ramas. Los oyentes saben que usted consagró aquella noche el pan y el vino.*

El pan y el vino y el aceite son sagrados. La comida con que nos alimentamos es un don de Dios y por eso es sagrada. ¿A eso te refieres?

*No. Yo me refiero a la transustanciación. Que por aquellas palabras tuyas, el pan dejó de ser pan y el vino dejó de ser vino.*

¿Cómo el pan va a dejar de ser pan y el vino de ser vino?

*Quedaron las apariencias, pero cambió la sustancia. En aquel pan estaba su cuerpo, en aquel vino su sangre, usted mismo, Jesucristo, transustanciado.*

¡Qué locura estás diciendo, Raquel!... Si yo estaba sentado en medio de todos... ¿cómo iba a estar metido al mismo tiempo en una hogaza de pan o en una copa de vino? ¿Qué truco sería ése?... ¡Ni que fuera mago!

*¿Qué había en aquella copa que usted dio a beber a sus discípulos?  
¿No era su sangre?*

En mi pueblo no se toma la sangre de ningún animal, menos de una persona. Me estás hablando de una cosa... horrenda.

*Pero, entonces, ¿qué hizo usted aquel Jueves Santo?*

Yo hablé de unión, de comunidad. Luego, compartimos el pan. Yo brindé con la copa y, según la costumbre, todos bebimos de ella.

*Usted dijo que hicieran eso en memoria suya.*

Sí, tenía miedo que me apresaran. Entonces, les dije: hagamos una alianza. Pase lo que pase, sigamos unidos, como los granos de trigo en la espiga, como las uvas en el racimo. Si yo faltó, reúnanse para recordar el compromiso del Reino de Dios.

*A ver si nos entendemos. ¿Usted no instituyó aquella noche el sacramento de la eucaristía?*

No.

*Y cuando un sacerdote repite las palabras que dicen que usted dijo aquella noche, ¿qué pasa con el pan y con el vino?*

Nada. Porque... ya pasó.

*¿Cómo que ya pasó? ¿No ocurre ningún milagro?*

El milagro no está en el pan ni en el vino, Raquel. El milagro está en la comunidad. Cuando un grupo de hombres y mujeres que se quieren, que luchan por la justicia, se reúnen y dan gracias a Dios y recuerdan mis palabras... ahí está Dios en medio de ellos.

*Y aquí estamos nosotros, en medio de nuestra audiencia y con demasiadas preguntas pendientes. Una pausa y regresamos. Raquel Pérez, Emisoras Latinas, Jerusalén.*